

LIBERALISMO EN AMÉRICA LATINA

Perspectivas y retos asumibles
Por Santiago Urbina Guerrero

Hemos visto en épocas recientes el alto precio que han tenido que pagar los gobiernos que estaban en el poder cuando el mundo fue paralizado por la pandemia de COVID19, los escenarios políticos que se habían previsto hasta antes de la pandemia perdieron todo su sentido pues el mundo en general y particularmente, las democracias, tuvieron que hacer frente a una crisis económica, social y política de consecuencias que hasta el día de hoy estamos sintiendo.

Los gobiernos autoritarios han salido fortalecidos de esta crisis sanitaria mundial porque a diferencia de las democracias, no han tenido que dar cuenta de la gestión (buena o mala) frente a esta emergencia. Precisamente por la naturaleza sanitaria de la crisis, algunas de las libertades fundamentales de los ciudadanos tuvieron que ser suspendidas por el bien común, algo que filosóficamente es anatema para la mayor parte de las corrientes liberales que existen.

Los estados democráticos echaron mano de algunas medidas empleadas por última vez en democracia en el marco de la segunda guerra mundial, situación que generó un profundo y lógico malestar en la ciudadanía que después de décadas, considera que su libertad es un derecho consolidado que nada ni nadie puede coartar. Si bien es cierto, hubo una comprensión generalizada sobre la necesidad de asumir estas medidas coercitivas, la realidad es que el ciudadano una vez pasado el temor al contagio y a la muerte, comenzó a sentir un rechazo generalizado por la situación provocada por la pandemia y los chivos expiatorios lógicos fueron en muchos casos los gobiernos (locales y nacionales) que estuvieron al frente de la emergencia.

En el caso concreto del continente americano el peso de la pandemia no parece haber afectado demasiado el panorama político como lo ha hecho en Europa. El giro a la izquierda que se constata parece más una consecuencia de la polarización cada vez más evidente del mundo y del efecto péndulo que vemos constantemente en América Latina desde la caída de las dictaduras militares de los 70 y 80. Este efecto péndulo que menciono, al comienzo era producto orgánico de los ciclos políticos de cada país, muchas veces con efectos contagio debido a la interconectividad social y económica de las subregiones. Todo esto cambia desde el advenimiento del socialismo del siglo XXI impulsado y financiado por la Venezuela de Hugo Chávez a finales de la década de los 90 y principios de la década del 2000.

Con fuerte apoyo económico, el modelo bolivariano comienza a ser exportado a diferentes países de la región y en algunos casos las izquierdas tradicionales tienen que abrazar ese modelo o caer en la insignificancia política frente a nuevas fuerzas políticas alimentadas por el modelo bolivariano. Las iniciativas continentales de coordinación política de izquierda comienzan a consolidarse y vemos como el Foro de Sao Paulo, la CELAC o el mismo ALBA comienzan a ser un contrapeso a los espacios de integración tradicionales como la OEA.

La derecha tradicional latinoamericana acusa el golpe y reacciona escorándose también más al conservadurismo, en la misma medida que las izquierdas se escoran más hacia la izquierda revolucionaria. Toda esta polarización causa un efecto desmovilizador en las fuerzas moderadas o de centro político, donde tradicionalmente nos hemos encontrado los liberales en América Latina.

Comenzamos a ver como el liberalismo tradicional se empieza a escorar bien a posiciones más representativas del conservadurismo o a posiciones más típicas del socialismo, alimentado más los dos polos contrapuestos y vaciando el espacio político del centro de representantes, visiones y poder.

Desde que se consolida esa forma maniqueísta de hacer política en la región el liberalismo logra tocar poder en la región vistiéndose con ropajes de un extremo u otro, renunciando a los postulados del liberalismo y travistiéndose ideológicamente para mantenerse vigente. Las organizaciones liberales que optaron por no seguir la tendencia de recurrir al travestismo ideológico sufrieron electoralmente pues en un escenario de polarización total, el centro político no tiene demasiadas opciones si no logra posicionar una agenda de tercera vía atractiva, ilusionante y que plante cara a los extremos.

¿Cómo se puede construir esa tercera vía tan necesaria en un mundo tan polarizado?

No hay una respuesta única porque cada país tiene sus propias particularidades, pero si hay ejes generales comunes que podría ser implementados.

1. Volver a la raíz, la filosofía liberal esta nutriendo el pensamiento político desde el siglo XIX de manera continua, algunas de las transformaciones económicas, sociales y culturales más importantes de la historia han sido gracias a las ideas de libertad generadas por el liberalismo y sus corrientes. Muchos de los logros de la política liberal han sido asumidos como propios por derechas (libre mercado) e izquierdas (libertades y derechos individuales).

2. Dar la batalla de las ideas, y no quedarnos únicamente con la batalla cultural. En los últimos 50 años tanto izquierdas como derechas se han enfrascado en una batalla cultural que está viviendo en estos momentos uno de sus puntos más álgidos. Tanto unos como otros tratan de imponer su visión del mundo y ven el poder como una plataforma de imposición. Un gobierno liberal debe velar por proteger el derecho de todas las personas a tener una visión del mundo y la mejor forma de hacerlo es garantizando que un estado omnímodo no coarte en forma alguna el derecho de todas las personas a todas las ideas y a todas las perspectivas.

3. Devolver al ciudadano el poder, después de la segunda guerra mundial hemos visto como el mundo democrático ha querido fortalecer las estructuras supranacionales en el marco de procesos de integración económica, social y política. Estas super estructuras como las Naciones Unidas, la Unión Europea y muchos otros procesos de integración no han reemplazado a los estados nacionales a la hora de legislar temas comunes, antes bien han generado un proceso de armonización de marcos regulatorios muy deseable y necesario. El problema desde una óptica liberal purista, es que estas mega estructuras supra gubernamentales no son siempre electas directamente por el pueblo soberano y no pueden ser vigiladas o controladas de la misma forma que podría ser vigilado un presidente o primer ministro por un parlamento nacional. Mejorar la capacidad de control real del ciudadano sobre las decisiones que se toman y que afectan su cotidiano vivir es imprescindible. Un caso extremo es el sistema de Naciones Unidas, donde democracias y dictaduras comparten espacio y donde el voto de una nación con un gobierno democráticamente electo tiene el mismo valor que el de una dictadura que oprime y asesina a pueblos enteros.

4. Consolidarse como alternativa de poder, los movimientos políticos liberales deben lograr establecer un espacio político atractivo y esperanzador que saque a los pueblos de América de la bipolaridad. Los números son contundentes en América Latina, los pueblos votan casi siempre para castigar y no porque las propuestas que tienen ante ellos sea una que los ilusione de verdad. En algunos casos extremos, los votos llegan como contraprestación a favores recibidos o a la promesa de asistencialismo que no resolverá los problemas de fondo, pero que al menos un día o dos va a matar el hambre de masas pauperizadas de electores.

Yo no soy liberal por que estoy en contra del sandinismo en Nicaragua, yo estoy en contra del sandinismo por atacar la libertad. El liberalismo debe aupar las aspiraciones del ser humano en su proceso de realización personal y estimular la creación de sociedades críticas, vigilantes y muy conscientes de su poder y de sus obligaciones ciudadanas.

Eso para mí es el liberalismo.

